



Juan Valera

Mis visitas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Juan Valera

Mis visitas

- I -

El arte por el arte

Aunque me repugna hacer mi propio elogio, no puedo menos de asegurar aquí que yo soy muy llano, conversable y afectuoso. Las palabras del Evangelio *pulsate et aperietur vobis*, llamad y se os abrirá, debieran estar escritas en la puerta de mi casa. No sé negarme; rara vez me decido a no recibir a las personas que vienen a verme, por humildes y desconocidas que sean.

Por fortuna, o por desgracia, la gente abusa poco de esta benigna franqueza mía, en realidad poco útil, porque ni soy rico para acudir a nadie con importantes socorros y limosnas, ni nunca o casi nunca he tenido una alta posición oficial a propósito para dar empleos o hacer otros favores, ni tampoco he gozado de suficiente influencia y valimientos con los gobernantes para salir airoso de las pretensiones extrañas que yo recomiende y apadrine.

Esta misma conciencia de mi escaso poder hace que me lisonjee cualquiera con venir a visitarme, imaginando yo que no viene sólo por interés, sino que algo de simpatía hacia mí también le mueve, ya que, si no es tonto, debe calcular que mi buena voluntad y mi intercesión ha de valerle poco o nada.

La conocida décima de nuestro gran dramaturgo tiene aquí muy conveniente aplicación. Suponiéndome yo el sabio o el ignorante que coge las hierbas para su comida, aún puedo suponer a otro sabio o a otro ignorante que recoja las hierbas que yo deseche. Por desvalido y menesteroso que ande uno, siempre habrá otro más menesteroso y desvalido que él.

La fama literaria, además, atrae hacia los que gozan de alguna a los cándidos que no la gozan y que pugnan por alcanzarla. Sin pecar de inmodestia, sino pecando tal vez de cruel y desesperadamente humilde, bien puedo recordar yo el verso de Boileau, que dice:

Un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire.

En suma, y como quiera que sea: no me faltan las visitas, a pesar de lo insignificante que soy. Y bien puedo dar gracias a Dios de no ser más insignificante, porque entonces las visitas serían muchas, y siendo yo tan bonachón como soy, no me dejarían en paz ni por un momento.

De las pocas o muchas visitas que he recibido en estos últimos años de mi vida, muy de agradecer, por ser obras de misericordia en pro del enfermo, y porque viviendo yo tan retraído en mi casa, son casi el único medio que me queda de comunicarme con la gente, ha habido algunas tan curiosas y tan raras, que me infunden el deseo de referirlas, como si cada una fuese, ya un cuento o semicuento, ya un diálogo con leves puntas y sutiles ribetes de filosófico o de científico. Persuadido estoy de que habrían de divertir o de interesar si al

ponerlas yo por escrito mostrase cierta habilidad y chiste candoroso, claro está que sin ofender a nadie, porque está muy lejos de mi ánimo el ser desagradecido.

Concebido tenía yo y casi formado el plan de un librejo que se titulase *Mis visitas*, cuando asaltaron mi mente escrúpulos o consideraciones morales que casi me retrajeron.

«Tú -me decía yo- estás ya muy averiado, y verdaderamente debieras dejarte de bromas y no pensar en divertir al público con fruslerías, sino ponerte bien con Dios, pensar en la muerte, que tal vez no tarde en venir, y no componer obrillas ligeras y sin sustancia, sino olvidarte de que hay plumas, tintero y papel, a no ser que se te ocurra algo muy serio, grave y sustancioso, cosa harto ajena, hasta el día, de tu condición y carácter.»

Así cavilaba yo, hallándome solo, noches pasadas, en el cuarto que me sirve de escritorio y biblioteca, cuando, sin saber cómo y sin que nadie le anunciase, vi entrar y saludarme afablemente a un muy respetable señor, con traje talar y al parecer de prelado. Una cruz de oro y pedrería brillaba en su pecho, pendiente de rica cadena, y en su blanca aristocrática y bien cuidada mano derecha había un anillo de obispo, que besé yo con el debido respeto.

Trazas tenía mi visitante de tener poco más de cuarenta años; pero saludable, bien compuesto y cuidado en toda su persona, de suerte que infundía veneración y afecto con su majestuosa hermosura. Era esbelto y alto. La tez de su rostro, de palidez etérea. Dulce e intensa luz vertían sus ojos. Caso singular: aunque yo, por la edad, debí considerarme harto mayor que él, en aquel momento le tuve, no sé por qué, por más anciano.

Casi me creí joven. Vi en él a un anciano e íntimo conocido, sin recordar bien esto, sino de manera confusa. Y concediendo en mi espíritu que él era mayor que yo en edad, saber y gobierno, hallé naturalísimo que me tutease, dirigiéndome la palabra de esta manera:

-He venido a ti, hijo mío, impulsado por nuestra antigua amistad y por la compasión que me inspiras. Estás inquieto, afligido y desconsolado, y es menester que te tranquilices, te consueles y cobres ánimo. Ya cuidará Dios de llamarte a mejor vida cuando en su sabiduría lo juzgue oportuno. Para ponerse bien con Él no está mal pensar en la última hora; pero mejores estar bien con Él siempre, aun sin pensar en esta hora última y hasta imaginándola muy distante. Quien está conforme con los eternos decretos y los espera sin recelo, confiado en la bondad divina no puede menos de sentir en el fondo de su corazón muy grato sosiego y de estar más alegre que triste. ¿Por qué, pues, has de condenar tú como impropio de tu avanzada edad el sentir cierto regocijo y el tratar de comunicarte a tus semejantes por medio de la palabra escrita? A pesar de la indulgencia con que yo te miro, no puedo ni quiero calificarte de santo y de chistoso a la vez. Lo que aseguro es que no hay la menor incompatibilidad entre lo chistoso y lo santo; con tal de no ofender al prójimo, bien puedes tú, como puede cualquiera, decir chuscadas, si algunas se te ocurren. Pues qué, ¿no leíste nunca *Las gracias de la Gracia*, del padre Boneta? Y si tantos siervos de Dios como el padre cita en su libro se allanaron a divertir a la gente con sus agudezas y con lo que ellos tenían por tales, ¿por qué has de presumir tú en tu soberbia que imitándolos te desdoras?

Lo que iba diciendo mi extraño visitante no me parecía nuevo ni peregrino, pero me parecía puesto en razón y dicho con buen propósito. Sin embargo, yo percibía sus palabras con muy singular percepción, como si hiriesen mi alma, sin conmover el aire y sin pasar por el oído. Frialdad intensa, aunque no desapacible ni ingrata, producía en mí un ligero temblor y penetraba en mis huesos.

No afirmaré yo si materialmente acerté a responder, expresando con palabras mi pensamiento. Lo que afirmaré es que, sin saber cómo, respondí al personaje que conmigo hablaba, entablando con él el siguiente diálogo:

-No me tengo por presumido ni gusto de darme importancia; pero se la doy al oficio de escritor público que he tomado, si bien con muy largas huelgas, durante mi ya más larga vida. De aquí que yo piense a menudo que no se debe escribir cuando nada se tiene que decir; que quien escribe debe enseñar verdades, y que si no tiene verdades que enseñar, vale más que no escriba. En la vejez, sobre todo, hallo censurable emplearse en componer obrillas de mero entretenimiento, sin otro fin, dado que se logre, que el de divertir a los ociosos. Informe, vago y confuso, acude a veces a mi espíritu un tropel de ideas metafísicas y morales, con las que pugno por explicarme lo que es, la dirección que lleva en su movimiento e incesantes mudanzas, y el término en que ha de parar todo, justificando a la Providencia y poniendo en armonía su bondad y su poder soberanos. Dejando a un lado mis libros, penetrando en el abismo de mi alma y buscando allí y tomando allí por guía la luz con que viene al mundo todo hombre, ¿qué filosofía tan bella y tan verdadera, qué doctrina tan perenne y tan sana no pudiera yo formular? *Quædan perennis philosophia*, como Leibniz la deseaba. Esto sería digno y propio empleo de mi existencia en sus postrimerías; pero descolgarme al cabo de mis años con historias y chascarrillos más o menos alegres, temo que sea una profanación de la vejez y que carezca de disculpa. Recuerdo, como severo aviso, estos dos versos de Manzoni:

I vegliardi che ai casti pensieri
della tomba già schiudon la mente,

y me apesadumbra no poder incluirme en el número de esos ancianos.

-¿Cómo no he de aplaudir yo los castos pensamientos de la tumba, a los que deben abrir la mente los ancianos? -replicó mi interlocutor-; pero esos pensamientos castos no es menester que sean melancólicos. Contando con la gracia de Dios, ¿por qué no han de ser regocijados? Aprobaría yo también, y por lo mucho que te quiero, me encantaría yo de que escribieses un buen tratado de filosofía perenne o algunas meditaciones de casi igual valer y enjundia; pero importa antes de acometer una empresa, calcular y medir las fuerzas que hay para llevarla a cabo. ¿Y quién te responde de que tú, pensando escribir una filosofía perenne, no escribieses un cúmulo de disparates, acaso herejías, acaso insulseces; cosas tal vez que imaginarías nuevas por lo extrañas y que ya hubieran sido dichas y repetidas por filósofos de otras edades y naciones? ¿Qué puede ya inventarse, por raro y extravagante que parezca, que por algún filósofo no haya sido inventado y sostenido antes? El círculo, además, dentro del cual todas estas invenciones han de colocarse por fuerza, es más estrecho de lo que generalmente se cree. Cuanto puede inventarse filosóficamente, sospecho yo que se ha inventado ya. Todo se encierra en el mencionado círculo, del cual no puede salir, porque ha trazado la circunferencia el espíritu humano, y no hay fuera de ella sino tinieblas impenetrables. Ni con la antorcha sobrenatural de la fe puedes ver y distinguir en esas tinieblas verdad alguna, porque ni cabe en tu entusiasmo, ni en tu imperfecto y humano lenguaje hay vocablos ni frases con que expresarla y con que transmitirla. Aconséjote, pues, que te dejes de peligrosas filosofías y que no escribas, o que escribas cosillas ligeras y un tanto cuanto de broma.

-La broma me tiene ya muy disgustado -repliqué yo-. Por demás cunde hoy en nuestra patria la manía de ser bromistas y chanceros. Odioso me parece, en medio de nuestros

infortunios nacionales, tomarlo todo a risa; pero he de confesar que me disgusta más aún ser escritor *elegíaco* y *terapéutico*, que es otro de los caminos más trillados hoy. Quisiera yo seguir la senda del medio: dejarme de chanzas, porque dice el refrán: *No está la Magdalena para tafetanes*, y dejarme también de buscar y declarar los remedios con que podamos alzarnos de nuestra postración y volver a ser fuertes, confiados y dichosos. ¿Para qué escribir si de algo de esto no se trata?

-Veo que persistes en la misma manía. No será vanidad individual, pero es vanidad colectiva. ¿Quién te ha metido en la cabeza que sea indispensable para ser escritor tener que cumplir con una misión docente, restauradora y salvadora? Es el escribir arte nobilísimo, pero arte en lo esencial como cualquiera otro. ¿Qué regenera, qué salva, qué enseña ni qué demuestra el escultor que hace una magnífica estatua, el pintor que pinta un precioso cuadro o el hábil joyero que forja, cincela y pule las más primorosas y delicadas joyas? Nada de esto tiene más utilidad ni más fin que la manifestación sensible de la belleza y el puro y sano deleite que al percibirla se goza. Si escribiesen sólo o si sólo hubiesen escrito los que enseñan grandes y útiles verdades; si sólo así se justificase la escritura, el califa Omar quedaría justificado y aun glorificado por la quema de la biblioteca de Alejandría, suponiendo que tal acusación no sea falsa. Evidente es que la palabra escrita, así como la palabra hablada, es vehículo de la verdad; pero no es menester que sea la verdad la que única y exclusivamente en tal vehículo se transmita. Espantoso tormento sería si tuviésemos que callarnos, y no hablar ni escribir mientras no tuviésemos alguna verdad importante que revelar a nuestros prójimos. Los seres humanos, en su mayoría, tendrían que poner punto en boca, y se verían condenados a perpetuo silencio, como pitagóricos o cartujos. Notaré, por el contrario, que los más egregios reveladores de verdades jamás las escribieron, y sin escribirlas renovaron o cambiaron radicalmente la faz de la Tierra y la condición del humano linaje. Si es lícito aducir un ejemplo divino, te recordaré que nada escribió nuestro Redentor, cuando con alma y cuerpo, humano vivió entre nosotros. Ni creo yo que Sakiamuni escribiese, y ganó a su doctrina centenares de millones de hombres. Ni tal vez escribió nada Pitágoras, y de seguro que Sócrates no escribió nada y ambos pusieron, no obstante, los firmes y sólidos cimientos sobre los cuales se levantó más tarde el edificio de toda alta filosofía. Hasta los más profundos, útiles y trascendentales descubrimientos de las cosas naturales, apenas se buscan ni se custodian en los escritos de aquellos que los descubrieron. Ni hay nadie a quien tales descubrimientos no interesen, pero sólo a pocos curiosos eruditos interesan el modo y las frases con que los descubridores se explicaron. Cuál más, cuál menos, todos sabemos algo de lo que inventaron Galileo, Copérnico, Newton, Lavoisier y Edison, Pero ¿quién de nosotros ha leído o tiene gana de leer las obras de dichos señores? En cambio, ¿qué persona de gusto no lee a Cervantes, a Lope, a Quevedo y a otros autores por el estilo, que, al fin y al cabo, si hemos de hablar con franqueza, nada enseñan en realidad ni dicen cosa que no estuviese ya mil veces dicha y redicha? El toque está en que la dicen con tal gracia, con arte tan exquisito y con tan dichosa y penetrante intensidad de expresión, que aquello mismo que todos los demás mortales habíamos también sentido y pensado como ellos, si bien con percepción o concepción vaga y confusa, se nos aparece claro y radiante.

-Del razonamiento que acabo de oír -repuse yo- se infiere que puedo escribir para el público sin considerarme con misión que cumplir o con verdades peregrinas que poner en su conocimiento; pero, si yo no lo entiendo mal, se me impone, para ser escritor legítimamente, otra condición no menos difícil: prestar orden y concierto a lo que está confuso y desordenado en la mente de todos, aclarar sus oscuridades y hacer que

resplandezca, circundado de rayos luminosos, lo que en algo que podemos llamar razón suprema y colectiva entrevé cada cual y apenas columbra por remoto y como velado entre nubes. Habilidad me parece ésta no menos rara que la de hallar y comunicar nuevas verdades. Escrito maravilloso, marcado con el sello de la inmortalidad, sería, sin duda, el redactado de esa manera. Y como yo no me siento capaz de tanto, más bien me retraéis de escribir que me animáis con lo que habéis dicho.

-Entendámonos y distingamos -contestó mi visitante-, al hablar como hablé, ponía yo la mira en el más alto grado de perfección a que puedan llegar o, por lo menos, aspirar los escritores. Mas no se sigue por eso que lleguen cuantos aspiren, ni que para ejercer el oficio sea indispensable tener la seguridad de subir a tan alto grado. También en esta a modo de bienaventuranza literaria puede afirmarse que muchos son los llamados y pocos los escogidos, y más bien sería sobra de pobreza y de egoísmo que sobra de modestia el no acudir a la vocación o al llamamiento sin contar antes con la elección segura. Escribe tú con buen ánimo, como puedas, que ya, si Dios quiere, tocará alguna obra tuya en el extremo ideal de que hemos hablado. Y si no toca, ¿qué pierdes? Consuélate con haber entretenido con tus escritos a alguno de tus contemporáneos; y si a nadie entretienes, y si nadie te lee, todavía debes consolarte pensando en que tú mismo te has entretenido escribiendo, y que el tal entretenimiento es uno de los menos pecaminosos y de los menos costosos que hay. Tú mismo lo has dicho ya: con tres pesetas tienes para mil cuartillas. Aunque en un mes las emborriones todas, todavía el vicio de escribir te sale más barato que el de fumar, por detestables que sean los pitillos que fumes. Y mientras no resulte al cabo ilusoria y huera, nunca debes perder la esperanza de que, cuando no por tu propio mérito, por milagro y por influencia benigna de los cielos, alguna obra tuya frise y casi toque en la perfección de que hemos hablado. Si se hubiera descorazonado Cervantes al notar el poco éxito de las medianas o malas comedias que compuso, jamás hubiera escrito el *Quijote*. Y si tú jamás escribes cosas que ni remotamente puedan con el *Quijote* compararse, y te quedas, que es lo más probable, en algo parecido a las medianas o malas comedias, me parece que debes contentarte también, aunque sólo sea porque la distracción de escribir, si resulta sin fruto, resulta también sin gasto y es muy a propósito y cómoda para la vida retirada y sedentaria que por tus molestias te ves forzado a llevar ahora:

-¿De modo que me animáis a escribir? -dije yo.

-Y vaya si te animo. Señal das escribiendo de que vives todavía. Mala, buena o mediana, es la única actividad que te queda. Conque adiós, y escribe.

Dicho esto, mi interlocutor se escabulló no sé cómo ni por dónde.

¿Fue visión o sueño? Por ensueño quiero tenerlo, ya que para visión o aparición milagrosa le falta importancia. Para decir lo que dijo el aparecido, no vale la pena de que algo sobrenatural se realice. Bien es verdad que yo he oído y he leído de muchas apariciones en que el aparecido no vino a decir ni dijo nunca nada más sustancioso ni más nuevo. Quizá lo nuevo y lo sustancioso sea inefable, no se pueda comunicar ni expresar por medio de ninguna lengua humana. Algún espíritu lo pudo decir y pudo entenderlo algún espíritu; pero entre ellos se queda, sin transmisión posible.

Lo que hay de cierto es que, sin duda, revolviendo antiguos papeles, apareció pocos días ha sobre mi bufete una tarjeta de cierto ilustrísimo paisano mío, amigo y confesor de mi padre en su última hora, que hace cerca de medio siglo que murió, y que me quiso bien desde que yo era niño y todavía muy joven. No cito aquí el nombre del personaje de mi mismo lugar, ya que el citar lo a nada conduce. Baste saber que mis escrúpulos se disiparon y que persisto en mi *scribendi cacoethes*, que ya de *cacoethes* no califico.

Si logro entretener a alguien con lo que yo escriba, me daré por bien pagado. Y si no llego a lograrlo, me aquietaré y contentaré con entretenerme yo mismo en mi soledad, inocentemente y a tan poca costa.

Resuelto estoy, pues, a escribir cuanto se me ocurra, y, entre otras cosas, el librejo de *Mis visitas*. Las más serán reales, y, valiéndome de un vocablo a la moda, serán también muy *vividas*; pero siendo yo tan franco, no negándome a nadie y pudiendo afirmar que abro de par en par mi puerta a quien se digne venir a visitarme, quizá no pueda prescindir ni dejar de hablar de quien y con quien me visite, ni que sea menester que para él se abra la puerta, porque penetre en mi estancia como filtrándose por el muro, por el estilo del convidado de piedra o del personaje de esta introducción.

No pondré mis visitas por orden cronológico, sino según vayan acudiendo a mi memoria.

- II -

Canastel de Flores

Nos hallábamos en guerra con los Estados Unidos. Yo quiero ser y soy muy optimista; pero el desaliento de los demás me había contagiado, y yo, me afligía previendo mil desventuras.

Sin gusto para oír leer ni para dictar algo que escribiese mi secretario -ya que por mi ceguera ni escribo ni leo-, me encontraba yo una mañana con menos deseo de trabajar que de charlar un rato con alguien de fuera de casa.

Sonó la campanilla de la puerta principal. «¿Si será -pensé yo- alguna visita para mí?» Lo mismo pensó mi ya mencionado secretario, y lleno de impaciencia, antes de que fuera a abrir el criado, se adelantó él y abrió la puerta.

Un joven elegantemente vestido, un verdadero *dandy*, o gomoso, saltando de limpio y pulido, con traje reluciente de puro nuevo y con sombrero de copa que parecía recién salido de la tienda, penetró en la antesala, zarandeándose con graciosa elegancia, tarareando con primor y sin desentono música de Wagner, y remolineando entre los ágiles dedos un liviano bastoncito.

Cuando el secretario le preguntó quién era y qué se le ofrecía, él contestó con gentil desenfado:

-Diga usted al señor que está aquí y que desea hablarle Canastel de Flores.

Don Pedro, que así se llama mi secretario, vino a mí con la embajada, un tanto cuanto deslumbrado por la gallardía, desenvoltura y airosa presencia del visitante y hasta por su poético nombre o título nobiliario, por lo menos de conde y pontífice, ya que no de Castilla.

Poco veo yo, pero entonces veía algo más que ahora, y no dejé de notar que la pulcritud y elegancia de Canastel no habían sido ponderadas en demasía. Eran, sin duda, reales. Y si el Canastel no olía a las flores de su apellido, olía a pachulí, o a *ilang-ilang*, que era una delicia.

Roguele que tomase asiento, y, después de las ceremonias de costumbre, me habló de esta suerte:

-Atraído por la merecida fama de escritor que usted goza, yo, escritor también, aunque principiante y todavía oscuro, me atrevo a venir a verle.

Aquí vertió el Canastel todas sus flores sobre mi cabeza: *manibus lilia plenis*. Mi justa y natural modestia no consiente que tales flores salgan a relucir aquí, por más que yo sospeché, desde luego, que debajo de ellas la sierpe estaba escondida y que en pos del encomio iba a venir el sablazo.

-Déjese usted de cumplimientos- le dije con disgusto.

Y conociendo él que, en efecto, no me seducía la lisonja, dijo, hablando de sí:

-*Anche io son pittore*, como dijo el otro. También yo soy literato, aunque de poco fuste hasta el día. No me quejo, con todo, ni de los hombres ni de la fortuna. A buscarla vine a Madrid desde mi ciudad natal, y reconozco que entré con buen pie en esta villa y corte. Tres o cuatro periódicos me abrieron confiadamente sus columnas. En ellas he publicado no pocos artículos, que aplaudió el público y que pagó bien la Empresa. ¿Qué tal le parece a usted?

-¿Qué ha de parecerme?- contesté yo,

-El éxito fue rápido y brillante.

-Doy a usted mi parabién más cumplido.

-¡Ay! -replicó Canastel, exhalando un suspiro melancólico-. Harto poco consistente es la buena ventura. Como la luz de un cirio que arde sin fanal que la defienda, cualquier sople de viento la mata. Pero no se apure usted, por amor de Dios. No se apure usted.

Sin duda hube yo de hacer involuntariamente un gesto de terror previendo el sablazo, cuando Canastel, interrumpiendo el hilo de su historia, me aconsejó que no me apurara.

-Yo no me apuro- dije, reponiéndome y tranquilizándome.

-Pues entonces prosigo. El soplo de viento que mató mi buena ventura fue esta maldita guerra que en el día tanto nos aflige. Telegramas y más telegramas. Los periódicos se llenan de noticias. Para la literatura no queda espacio, y como, además, se gasta un dineral en el telégrafo, a cualquier Empresa, por desahogada y boyante que esté, se le hace muy cuesta arriba pagar a los escritores amenos, en cuyo número, aunque indigno, me atrevo a contarme.

Aquí hubo de renovarse mi involuntario gesto de terror.

-No se apure usted- continuó Canastel.

Yo no me apuré tampoco.

-¿Sabe usted quién fue Moyano, el de las anchuras?

-Lo ignoro.

-Pues bien: yo sostengo que en adelante no debiera decirse: «¡Qué anchuras, ni las de Moyano!», sino: «¡Qué anchuras, ni las de Canastel!» No hubo medio de que en adelante admitiesen ni publicasen en ningún periódico uno solo de mis originales. Me hallé sin recursos. Empeñada, vendida o llena de jirones o manchas toda mi ropa. Desconfiando de mí la pupilera, estuvo a punto de ponerme de patitas en la calle, obligándome a exclamar: «El lobo tiene su cueva, la paloma tiene su nido; pero *el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza.*»

-Mil veces lo he dicho -repuse yo-. No hay oficio menos socorrido ni más ingrato que el literario. Por cada cien individuos que lo ejerzan, habrá uno que prospere, y todos los restantes se hallarán expuestos con frecuencia a ser como *el hijo del hombre*.

-Por eso yo me decidí pronto y tomé otro camino. En vista de que, aumentando yo el tesoro de las letras patrias, nada lograba atesorar materialmente para mí, y me expondría a perecer de inanición (perdone usted que emplee términos mitológicos), volví las espaldas a Apolo y pedí socorro a Mercurio. Propicio se me mostró enseguida aquel numen tutelar del comercio y de la banca. Imaginé que bajo su tutela, *potestas jure civite data ant permissa*,

cuando no crear, siquiera podía yo dislocar lícitamente para mi uso una pequeña parte de la ya creada. Entendiéndolo después mejor, advertí que ofendía injustamente al nuevo oficio que tomaba. Todo servicio prestado, toda comodidad que a nuestros semejantes se procure, no es dislocación, sino es también creación de riqueza. Y bien podía yo gozar de ella sin el menor escrúpulo. En suma, y para no tener a usted por más largo rato en suspenso: le diré que tuve la buena suerte de colocarme como agente de una Compañía de seguros de vida. Sesenta duros me dan al mes. Ni por sueños podría calcular yo que me produjesen tanto mis artículos. Y miel sobre hojuelas: se me prometía, además, un razonable tanto por ciento por cada contrato que de resultas de mí agencia se celebrase.

-Pues, amigo mío -dije yo, sin miedo ya al sablazo y creyendo que Canastel venía a que yo asegurase mi vida-; pues, amigo mio, es usted el hombre de la dicha y está mejor que quiere.

-No se pescan truchas a bragas enjutas -contestó Canastel-. Antes de darme posesión del empleo, se me impuso cierta condición bastante difícil. Andaba yo como en borrador, y era menester ponerme en limpio. Sucio, destrozado y roto me veía, y se necesitaba que estuviese yo bien vestido, no sólo con aseo y decencia, sino con primor *fashionable*. Prodigios de actividad y de ingenio fueron entonces los míos. No se escandalice usted de que me alabe. Milagrosamente me proporcioné dinero, y me atavié como puede usted contemplarme ahora. Pantalones, chaleco, levita y sombrero, todo nuevo y bien confeccionado. Compré, y poseo también, muy fina ropa blanca. Vamos, ¿qué le parezco a usted? ¿No es verdad que estoy hecho un brinquillo? Sólo así puedo entrar con desahogo en casas de personas ricas y tratar con ellas sobre los asuntos de la Compañía a quien sirvo.

-Todo ello me parece tan bien -dije yo-, que no puedo menos de felicitar a usted y de alabar a Dios, que con tanta benignidad y tan en favor de usted ha dispuesto las cosas.

-Pues algo de más benigno deseaba yo, y no se me ha logrado. Gravísima contrariedad me ha sobrevenido a última hora. Gastado está ya todo mi dinero, y tan gastado y consumido mi crédito, que no hallo modo de contraer nueva deuda, por más que lo solicito. Pero, por amor de Dios, no se apure usted.

-¡Hombre, yo no me apuro!- contesté un poquito cargado.

-Sabrá usted, ya que no se apura -continuó Canastel con mucha calma-, que aún necesito comprar algo para completar mi equipo, y carezco de metales preciosos. ¿No conoció usted nunca a *Pie Divino*? ¿No era usted diputado cuando él lo era?

-¡Vaya si le recuerdo! -dije yo-. Era un señor diputado elocuentísimo y discreto; pero como tenía tan lindo pie y se calzaba tan primorosamente, esta cualidad suya perjudicaba a sus demás buenas cualidades, y en vez de llamarle la gente entendimiento divino o pico divino, le llamaban *Pie Divino*, rebajando así su mérito, en vez de ensalzarlo con la lisonja.

-Permítame usted que yo, sin temor a rebajar el mérito de usted, ni rebajar el mío tampoco, declare aquí que tenemos pies divinos ambos, como lo probé poco ha en la tienda del zapatero Cayatte, donde he visto la horma de usted, que parece hecha a mi medida. No me he mandado hacer un par de botines, ni los he comprado hechos, porque no tengo para pagarlos. Mire usted cuán incompleto estoy.

Y, levantando un poco los pies, dejó ver, en desacuerdo feísimo con todo su traje, que, en vez de botines, calzaba unas viles y rústicas alpargatas.

-La magnanimidad de usted -dijo Canastel- es grandemente reconocida y encomiada. Reconocidos, aunque no encomiados, están igualmente los dolores reumáticos que tanto a usted molestan, que no le permiten ya tener pie divino y que le obligan a llevar zapatos anchos, feos y viejos, en vez de los preciosos botincitos de charol que antes usaba. Por

Cayette, que se jactó de ello, sé que tiene usted todavía dos pares sin estrenar. Y como ya para nada le sirven, acudo a suplicarle que me dé un par siquiera, completando así el adorno de mi persona, haciéndome apto para el empleo que me da la Compañía y consiguiendo mi eterna gratitud que, por poco que valga, vale más que lo que yo por ello le pido.

Con mil frases elocuentes, que no acierto a reproducir aquí, encareció Canastel su ruego.

Me sentí conmovido. En efecto: yo tenía aún sin estrenar dos preciosos pares de botines de charol. Estaban en una alacena. Fui a buscarlos, tomé el par más bonito, lo traje y se lo puse a Canastel en la mano.

Canastel me dio las gracias más fervorosas. Luego, con rapidez y agilidad, se calzó los botines, que le venían como pintados, y se transformó enteramente en el currutaco más completo, en el más acabado figurín que imaginarse puede. No quiso dejarme en casa las alpargatas como reliquia última de su miseria. Tal vez pensaba utilizarlas aún. Lo cierto es que las envolvió, con mi permiso, en un numero de *La Época* que halló en una silla y se fue con ellas, despidiéndose muy cortésmente.

Mi secretario le acompañó de nuevo hasta la puerta. En la antesala estuvo de conversación con él durante cerca de un cuarto de hora. Cuando volvió mi secretario, me contó, en resumen, lo que sigue:

En la efusión de su contento, Canastel había estado con él más comunicativo y franco que conmigo.

-Estos botines -dijo- han de ser, lo preveo, causa eficiente de mi felicidad. A usted se lo diré todo, porque me inspira usted la mayor confianza. Sin haberla logrado aún, la notoriedad me tiene hastiado. Anhele la oscuridad y el reposo. La áurea mediocritas es mi bello ideal. Abandoné sin pena la literatura, y, no ya sin pena, con verdadero regocijo, abandonaré yo los negocios bancarios, comerciales o como queramos llamarlos. La escondida senda por donde han logrado ir los pocos sabios me atrae de un modo irresistible. Para caminar por ella me eran indispensables estos botines. Dios se los pague a quien me los ha dado.

Con breves frases, que yo resumiré más aún, lo explicó todo enseguida.

Doña Filomena, la señorita más pudiente de su lugar, ya sin madre y sin padre, y heredera de olivares y viñedos que podrían producir siete u ocho mil pesetas anuales, había venido a Madrid por una temporada y acompañada de una tía suya, con el intento de consolarse de su orfandad reciente.

Desde la infancia era Canastel muy su amigo, y ya en la mocedad había coqueteado mucho con ella. Al verle tan bien equipado, presumía Canastel que la bella habría de rendirse a todo su talante, concediéndole su blanca mano civil y religiosamente, como Dios manda. Así, por ministerio de amor, esperaba él abandonar el piélagos proceloso del mundo, la literatura y el comercio, y entregarse a la agricultura, cultivando, mejorando y desarrollando las fuerzas productivas de las fincas de su consorte. Los botines eran, pues, la piedra angular del edificio de sus esperanzas.

Al partir abrazó a mi secretario y le prometió que le convidaría a la boda. Y no tarareaba ya la magistral y complicada música de Wagner, sino el cantar de una zarzuela o tonadilla de los primeros años del siglo XIX, que él había aprendido de boca de su abuela y de la que don Pedro guardó en la memoria los siguientes versos:

¡Adiós odioso anhelo!
¡Adiós cansada vida!
A mi patria querida

me voy a retirar;
unido en matrimonio
a una niña hacendada,
ni riquezas ni nada
tendré que desear.
El arroyuelo alegre,
la danza de pastores,
de prados y de flores
la grata variedad...
¡Oh, qué dulce contento!
¡Oh, qué felicidad!

¡Ojalá que esta felicidad se logre o se haya logrado! ¡Ojalá que este idilio, que no huele a pachulí ni a *ilang-ilang*, sino a tomillo, venga a realizarse o se haya realizado ya, por la intercesión benéfica de mis botines y por el generoso desprendimiento conque dejó a Canastel que se los calzase!

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

